

El pensamiento social en *Los bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno

JUAN ANTONIO ROSADO

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

RESUMEN. Se suele calificar a la narrativa decimonónica mexicana como una narrativa de intrigas y aventuras. En este ensayo se trata de reivindicar a *Los bandidos de Río Frío* como la gran epopeya nacional precisamente porque no permanece en el nivel superficial de la novela de aventuras. Por medio de situaciones narrativas, digresiones, diálogos y comentarios explícitos, el autor nos va mostrando todo un pensamiento social íntimamente vinculado con un contexto histórico en que la crisis tras la independencia, la corrupción de las instituciones y la injusticia social, entre otras cosas, son pan de cada día. De ahí los dos tipos de bandidaje que aparecen en la novela: el social (Juan Robreño) y el antisocial (Relumbrón, Evaristo...). Se trata, pues, de rastrear el pensamiento de carácter social implícito y explícito en la novela de Manuel Payno.

Si bien la novelística mexicana del siglo XIX a menudo se ha considerado en su aspecto folletinesco, a la luz de sus aventuras e intrigas narrativas, también abarca pensamientos profundos, que van de lo social y político, a lo histórico y económico; estos elementos se asocian a las tramas cotidianas. Los individuos participan de los cambios de la época y su condición social está ligada a la historia. Por ello ver en estas obras sólo las intrigas, se debe a la lectura superficial que, como obras populares, han tenido.

El pensamiento social circula por las venas de estas novelas; aparece en digresiones, discursos teóricos o comentarios del narrador, pero también en las situaciones narrativas, donde, dramatizado, cobra vida en los personajes.

Así, *Los bandidos de Río Frio* (1889-1891), de Manuel Payno, forma parte de la gran epopeya nacional de México; como tal, no sólo posee un profundo pensamiento social que trasciende las fronteras de su época, sino también la intensidad épica que incluye la conformación y el perfil de una nación, con héroes y antihéroes. Al respecto, uno de sus personajes, Juan Robreño, que dice “La independencia no ha acabado con las preocupaciones, y los *titulos de Castilla* que hay en México están engraidos y orgullosos como en el tiempo de los virreyes” (Payno 1983).

La obra dibuja un México que nace a la vida independiente para descubrir obstáculos e intereses opuestos. En su contexto histórico —definido por el mando de Antonio López de Santa Anna— percibimos dos movimientos sociales antagónicos: por un lado, la anarquía social, movimiento caótico encarnado en injusticias, corrupción y bandidaje; por otro, el deseo de ordenar el caos, movimiento civilizador procedente a veces del bandolerismo social, de genio reformista, que pretende imponer la justicia y acabar con el bandidaje antisocial. Pero no hay maniqueísmo: los movimientos, dialécticamente vinculados, tienen matices negativos y positivos.

Entre las muchas historias de *Los bandidos de Río Frio*, se narra la caída de Juan Robreño (hijo ilícito de una noble y un militar) a las clases más bajas. Rescatado por una perra, efectúa un recorrido dantesco por la sociedad, desde sus “infiernos” hasta el encuentro con sus padres (a quienes desconocía) y su matrimonio. Pero también es la biografía del México que surge con dificultad a la vida independiente, de un país de bandidaje y orfandad. El narrador, observador omnisciente, se introduce en el campo y en todas las capas sociales de la urbe, brinca de una a otra con agilidad de conejo, aporta juicios, datos, críticas... Todos participan en esta epopeya social —bandidos, huérfanos, brujas, condes, marqueses, criados, fruteras, abogados, médicos...—, donde lo mismo se advierten elementos costumbristas, naturalistas, realistas y aun románticos. La obra es muy compleja, muchas tramas se entretajan y sería inútil abarcarlas. Pero veamos cómo se manifiestan los dos movimientos antes aludidos.

El bandidaje referido en el título será finalmente dirigido y patrocinado por un hombre del gobierno, Relumbrón,¹ que aparece al último y da unidad a la obra: es el mar donde confluyen las historias, desde la de Evaristo, que había reclutado indios para asaltar diligencias y quien después fue convertido por el gobierno en capitán de rurales para acabar con los bandidos, hasta la del abogado Lamparilla y los Robreño (padre e hijo).

En esta obra, el gobierno no es bandido, como en *Astucia*, de Luis G. Inclán, sino que hay bandidos en el gobierno, matiz que la aleja del maniqueísmo. Tampoco hay un movimiento ordenador, como en Inclán, sino muchos. Así, además de instancias gubernamentales que desean imponer el orden (sobre todo gracias al juez Pedro Martín de Olañeta), también está Moctezuma III, reclutado por la fuerza en la milicia, y el prófugo del ejército Juan Robreño (padre), que cambia su nombre por Pedro Cataño y se hace bandolero noble dentro del bandidaje antisocial, del que luego deserta. Las mujeres que denuncian bandidos son capitales en este movimiento.

Hay un esquema muy matizado del orden contra el caos, cada uno con sus arquetipos: Juan Robreño, héroe positivo, y Relumbrón, negativo, cobarde, hipócrita, oportunista; amparado por el gobierno, lleva máscara legal y lo expresa en la privacidad: “la máscara de la honradez es la que usan de preferencia los que más roban” (508), por ello ayudará a gente pobre: las apariencias encubren al bandido.

Pero lo que más nos interesa en la obra, es la denuncia de las injusticias sociales y la corrupción a todo nivel, lo cual implica un pensamiento social. Las preocupaciones de este tipo no nacen de la nada, sino de las mismas condiciones sociales de la época, que se reflejan con claridad en la novela, pues para que surja un movimiento social e incluso una ideología determinada, deben existir las condiciones.

Civilización y barbarie, título original de un libro del argentino Sarmiento sobre Facundo Quiroga, es también uno de los

¹ Se trata, en la vida real, del coronel Juan Yáñez, ¿1791?-1836. Ver *Musacchio* 4: 2189.

temas centrales en toda la narrativa latinoamericana. Pero si Sarmiento atribuía la civilización a los europeos, Payno fue más realista al escribir, en el prólogo a su novela, que de la civilización “está por desgracia muy distante el mundo todo”. Nuestro autor describe la lucha épica entre Civilización y Barbarie. Por ello es indispensable estudiar las condiciones sociales en la historia y en la literatura, ya que resulta imposible separar a cualquier autor del tiempo y del lugar en que vive; de hacerlo, se falsearía la obra.

A nivel cotidiano, las condiciones sociales en el campo y en la urbe eran deplorables. Tras la independencia, el Estado fue incapaz de conducir bien al país, sobre todo por su debilidad ante el poder de los terratenientes. La agricultura se hizo cada vez más dependiente de las haciendas. A fines del siglo XIX, más de la mitad del estado de Morelos, para citar un solo ejemplo, era de haciendas porfiristas. La época en que se desarrolla la novela es la de Santa Anna, a quien Ignacio Manuel Altamirano califica de “ejemplar del Proteo político y del ambicioso audaz y descarado más completo”, cuya ambición le hizo mantener en una agitación constante a su país (Altamirano 1947). Esta agitación es la condición social más representativa, donde la abundancia de bandidos se debió a diversas causas, entre ellas al hecho de que muchos generales reclutaran hombres a la fuerza, los cuales en ocasiones desertaban y se hacían bandidos.

Sabemos que existían bandoleros antisociales y sociales, pero quien no estuviera aliado al hacendado era ya, por ese hecho, un “bandido”. El asistente militar de Santa Anna de 1834 a 1836, el coronel Juan Yáñez, era bandido y asesino. Payno lo inmortalizó como Relumbrón. Organizador de una “compañía de ladrones” que operaba en el campo y en la ciudad, también falsificaba monedas (consideraba injusto que su fabricación fuera monopolio del Estado). Lo que deseaba era, como él mismo dice, el “monopolio del robo” (507, 547). De tal manera los salteadores de Río Frío son estrictamente históricos. Así, una escocesa, Madame Calderón de la Barca (Frances Erskine) toca la época de Santa Anna y alude a los ladro-

nes y asesinos de Río Frío (Calderón 36, 251, 256). Altamirano también habla de Río Frío y de los asaltos (Altamirano 1949 III). En la obra de Payno, el gobernador de Puebla dice a su secretario que escriba que su estado se arruina por la inseguridad de los caminos (310). Pero aquí se da más importancia a la urbe que al campo. Ward dibuja un cuadro tétrico, desolador, de la urbe: léperos, suciedad, miseria (Ward 450-451); esto significa que en sí no hubo progreso social en los años siguientes a 1827. Incluso con Juárez, como vemos en *El Zarco*, de Altamirano, prosigue el bandidaje, la injusticia y la corrupción: el prefecto y el alcalde huyen de los “plateados”, bandidos también históricos. Además, muchos políticos recurren al latrocinio para vivir. Todo esto, aunado al hambre y a la explotación, acarrea injusticia social, motivo principal por el que surge tanto el bandidaje antisocial, como el social.

La pluma de Payno abarca la sociedad entera; la denuncia es explícita y constante. Por ello no concuerdo con José Luis Martínez cuando escribe: “No esperemos, pues, de su pluma ni profundidad ni corrección. Interesar y divertir era cuanto, humildemente, se proponía este amable narrador, y no pudo detenerse ni en refinamientos y proporciones ni en análisis sutiles” (Martínez 275). Este juicio nace de una lectura superficial de *Los bandidos de Río Frío*. Si Payno sólo hubiera querido divertir, no habría incluido crítica social y política, ni denunciado la manipulación de la prensa, la corrupción cotidiana, la falta de moral a todo nivel, tanto en digresiones teóricas como en su

discurso, a pesar de sus errores y su carencia de refinamiento estilístico, va más allá de las aventuras. Su pensamiento social se percibe desde la afición del autor por los pobres y oprimidos. El hecho de que un rico como Pedro Martín se enamore de la criada Casilda o de que el abogado Lamparilla lo haga de la frutera y trajinera Cecilia, indica ya un reto al “clacismo”. Cuando Lamparilla le habla a Pedro Martín sobre su amor, éste responde: “no veo sino un inconveniente, y es la desigualdad de condiciones”; luego agrega: “¡Si pudiésemos sacudir las preocupaciones sociales de nacimiento, de raza, de fortuna, de ca-

tegorías, qué felices fuéramos!”³ (605). Al final, estas preocupaciones se imponen y el matrimonio de Lamparilla fracasa. Lo importante fue el reto social.

Pero la afición de Payno por las clases pobres es explícita cuando el narrador afirma: “los hijos de los pobres y los huérfanos expósitos tienen el instinto del sufrimiento desde que nacen, así como los hijos de los ricos y de los reyes tienen el de causar molestia a todo el mundo” (51). Más adelante dice que la gente llamada “decente” en México se cree “con derecho de tutear a los pobres” (62). Tampoco vacila en aludir a la codicia de los hacendados, que “hoy se cogían un terreno, mañana otro, y así [...] iban despojando a los indios” (128). En la obra, hay constantes alusiones a la injusticia. Esto revela la extrema deficiencia del sistema legal.

La injusticia va mezclada con alguna institución pública: serenos, jueces, prefectos, alcaldes, gobernadores, militares... En la novela se dice que a los serenos les importa muy poco la seguridad de los vecinos (44). Por su parte, Lamparilla comenta a Cecilia, en una carta: “ya conoces el poder que tienen en los pueblos los prefectos, que pueden hacer diablura y media, y con estar bien con el gobernador nada les hacen” (237).² Asimismo, los vecinos de Tules, luego de que ésta fuera asesinada por Evaristo, son encarcelados por sospechas y sin averiguación por el abogado oportunista Bedolla, que los condena a muerte. Así se queja una de las vecinas: “porque un borracho mata a su mujer, todos los que vivimos en una misma casa hemos de ser también asesinos y nos han de poner en la cárcel” (136). Tiempo después, la hermana de Jacinta, una de las condenadas, exclama: “¡Cómo son malos y crueles estos jueces! ¡Dios los ha de castigar, porque dejan pasearse en la calle a los asesinos y matan a los inocentes” (340). Afortunadamente, gracias a la conversación entre Casilda y Juan, que Pedro Martín escuchó por azar, éste intercederá por los presos. A

² Ver también el comentario sobre el gobernador de uno de los pasajeros de la diligencia (330) y el hecho de que Bedolla tenga esperanzas de volver a quedar bien con el presidente por medio de la adulación (367).

Juan, por su parte, le ocurre el mismo tipo de injusticia: cuando trabaja para Cecilia con el nombre de Marcos, se le acusa de ladrón y, sin más averiguación, se le llega a encerrar en el cuarto oscuro del hospicio (109). Luego denuncia ante el director de la institución, don Epifanio, que los verdaderos ladrones son los tenderos, cocineras, criados... El director estuvo a punto de ir a la municipalidad a denunciarlos, pero reflexionó que el primer destituido sería él y no fue. Aunque le había prometido a Juan que nada le harían, los inspectores le aplicaban "latigazos al entrar o salir del comedor o en los patios" (116). Con la frutera Cecilia casi se comete la misma injusticia, cuando Evaristo estuvo a punto de matarla. Dice la mujer: "¡Bonita es la justicia de México [...] ¡Conque después de que agujerean la pared y se meten en mi casa a la madrugada para cogerme dormida y matarme, todavía se quiere que acompañe uno al muerto y vaya a la cárcel!" (392). Su carácter la salvó, pues el tendero inocente, don Joaquinito, fue apresado: Lamparilla acredita la calumnia y exclama: "Ya tenemos reo" (397), al parecer único interés del sistema penal, sin ir más allá en las averiguaciones. Pero lo más insólito es que todo mundo conocía la crueldad de Evaristo: "*Sólo el gobierno no sabía nada* y le dispensaba toda su confianza" (59; subrayado mío). ¡A tal grado, la incapacidad de las autoridades y el anarquismo!

La ley es, en muchos casos instrumento contra los pobres, ya que sólo *defienden al rico*, a quien pueda pagar soborno o al noble, a la gente con rango social, primordial es la relación de la justicia con la injusticia en la obra de Payno, no sólo porque Relumbrón es el elemento del gobierno y a la vez bandido. Hay muchos indicios de esta relación a nivel cotidiano. El narrador afirma que "a los de frac y levita, a no ser por asuntos políticos, nunca se les lleva a la cárcel" (65). Y el cínico Bedolla comenta a su escribano:

Poner en la cárcel a cuatro o seis mujeres, criadas o lavanderas, o dulceras, y a otros tantos hombres vagos y mal entretenidos, como hay en México, nada tiene de extraño ni hay responsabili-

dad alguna; pero atacar a mano armada la casa de un *particular rico*, de un conde, eso ya es grave (144; subrayado mío).

La prensa, muy manipulada, también debe ser cautelosa cuando afirma que un conde está mezclado en el asesinato de Tules. Así, el periódico *El Eco del Otro Mundo* tuvo que publicar un texto donde se arrepentía de haber nombrado a la nobleza: “Debemos añadir que estábamos mal informados, y que ningún marqués ni conde tiene que ver ni está mezclado [...] en este horroroso crimen” (146). (Lo que, por el contrario, era verdad). Pero no sólo el dinero y la nobleza son primordiales para los juicios de la justicia, también la fama:

no pasaba semana sin que un punto u otro del camino de México a Veracruz fuesen robadas las diligencias; pero como se trataba de pasajeros desconocidos, [...] nadie hacía caso, ni menos los gobernantes, que se ocupaban de asuntos para ellos más graves y provechosos; [...] pero cuando se trató de una compañía de ópera, de muchachas bonitas y de extranjeros, ya fue otra cosa (326).

Toda esta situación no sólo engendra bandidos, también bandoleros sociales. Recordemos que las mismas ideologías parten de una realidad. Eric J. Hobsbawm, que ha investigado el tema del bandolerismo en sus libros: *Rebeldes primitivos y bandidos*, advierte una serie de rasgos comunes en muchos bandoleros históricos, que se cumplen en la obra de Payno. En primer lugar, el bandolero social se desarrolla en el campo, comparte los valores del campesino; lejos de estar contra él, lo protege de terratenientes injustos o de auténticos salteadores. Esto vale para Juan Robreño (alias Pedro Cataño). Además, el mismo bandolero se inicia como víctima de la injusticia: su móvil es a veces la venganza, pero a la vez será agente de justicia y restaurador de la ética. Tirso de Molina lo llama “ofendido generoso” (Molina 165). En efecto, Juan Robreño cambia de nombre y se une a los bandidos porque, tras haber sido enviado a la milicia, en una campaña huye para impedir el matrimonio forzado de su amada Mariana con el marqués de Valle Alegre; se le

considera desertor y poco le faltó para ser fusilado. Desaparecerá de la milicia y exclamará: “Yo necesito vengarme de una sociedad que me ha rechazado, de unas leyes que me han matado por unas cuantas horas de ausencia” (542). De tal modo, se vuelve el “más temible de los jefes pronunciados [...] y el más implacable de los bandidos” (542). Pero es tal su categoría moral, que no puede considerarse bandido antisocial, aunque se haya disfrazado como tal: al final se aleja y salva de los comanches al conde del Saúz, padre de Mariana y barrera en su relación con ella.

Los recursos del bandolero son la fuerza, el valor y la astucia; además, de ser invulnerable. Por último, este hombre-mito puede reintegrarse en la sociedad y hasta ocupar puestos oficiales. Al bandolero social no le interesa tanto el dinero, sino sobrevivir y ayudar al desprotegido. Pedro Cataño quiere la lucha “para morir en ella” o desterrar las “penas que destrozaban su corazón”. Así, se convierte en jefe de “Los Dorados”. Como Robin Hood, le quita dinero a los ricos (administradores) tras amenazarlos de muerte, y lo da a los pobres:

Del pueblo salía agasajado y festejado por la población en general, porque arengaba a la multitud, aseguraba que los iba a *re-dimir del despotismo* de los gachupines, y del dinero que recogía en las tiendas, en los municipios y en las haciendas, repartía una parte a los pobres. Fue tal el prestigio que adquirió la partida de *Los Dorados* en tres semanas, que bastaba que uno solo de ellos entrase a un pueblo, para que se abrieran todas las puertas para recibirlo (624-625; subrayado mío).

Por ello no concuerdo con Hobsbawn cuando, en *Bandidos*, afirma que Payno quiso desacreditar el mito del héroe-bandido al rebajarlo “a las dimensiones de un criminal corriente” (168). La novela es muy rica, hallamos muchos tipos de bandidaje y uno de ellos es el del bandolero social Pedro Cataño, redentor cuyos ídolos son su padre y Mariana, que conoce “senderos, montañas y caminos” (585), y puede considerarse antítesis de Re-lumbrón, a pesar de que con él concertó un plan en pro de los trabajadores (623). La prueba es el rompimiento Cataño-Re-

lumbrón porque el primero no aceptó ser instrumento de la venganza del segundo contra los gachupines.

Al final, Robreño se reúne con su esposa y halla a su hijo, quien se casa con la excriada Lucecita; ambos estudian una carrera en Europa y regresan a México para hacerlo prosperar en la agricultura. Aunque aquí no exista la formación concreta de una utopía, el mejoramiento de la condición del que fuera niño expósito, Juan, propicia una utopía a nivel particular, donde la civilización venció a la barbarie.

El pensamiento social y moral se corresponden, no se niegan, se complementan. La moral actúa a favor de la sociedad. Hombre moral o, como dice Payno, “hombre de bien”, es Juan Robreño en busca de su hijo y esposa. No es casual la lucha entre civilización y barbarie en esta gran epopeya, ni su dura crítica al gobierno, a la política, a las instituciones sociales... Allí se reflejan épocas de anarquía y agitación.

Los héroes no son simples pretextos para la elaboración de aventuras e intrigas, poseen lo que Umberto Eco llama “categoría de la moralidad” (Eco 239-240): tienen convicción moral, encarnan los valores de la sociedad. Juan Robreño cambia su nombre porque así su padre no quedará deshonrado. La obra está impregnada de un humanismo como el de Tomás Moro cuando, en *Utopía*, se queja de que no es justo que el noble, el banquero o el usurero lleven vida regalada mientras el obrero, el carretero o el campesino trabajan “tan asiduamente como jumentos” (Moro 142). Este pensamiento social, en la obra de arte, corresponde fielmente a la realidad circundante; como tal, ayuda a entenderla más. Con Payno no sólo comprendemos la realidad del México decimonónico, también la del presente, pues se sigue protegiendo al rico. ¿Cuándo tendremos gobernantes que asimilen las enseñanzas de estos humanistas y antepongan los intereses sociales a los individuales, ya que el individuo vive en sociedad y si ésta se halla enferma también lo estará el individuo? Si un país quiere mejorar, debe enfrentarse a la crítica y hacer autocrítica. Algún político reciente se jactó de no haber leído un libro en muchos años: ¿cómo quiere entender el presente si no comprende el pasado? Todo tiene un anteceden-

te y con lo que ha sucedido en nuestro país, los humanistas y pensadores sociales como Payno se hacen cada vez más necesarios y actuales que nunca.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALTAMIRANO, IGNACIO MANUEL. *Historia y política de México (1821-1882)*. México: Empresas editoriales, 1947.
- . *La literatura nacional*. México: Porrúa, 1990.
- CALDERÓN DE LA BARCA, MADAME. *La vida en México*. México: Porrúa, 1990.
- ECO, HUMBERTO. *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen, 1985.
- MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS. *La expresión nacional*. México: Oasis, 1984.
- MOLINA, TIRSO DE. *El bandolero*. Madrid: Espasa Calpe, 1972.
- MORO, TOMÁS. *Utopía*. México: Espasa Calpe, 1989.
- MUSACCHIO, HUMBERTO. *Diccionario enciclopédico de México*. T. IV. México: Andrés León, 1989.
- PAYNO, MANUEL. *Los bandidos de Río Frío*. México: Porrúa, 1983.
- WARD, HENRY GEORGE. *México en 1827*. México: FCE, 1981.